

Volumen XV.—Marzo 1.º de 1920.—Número 142.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA DE SAN BERNARDO
M CMXX

CONTENIDO.

- El doctor de Sales..... JUAN CRISOSTOMO GARCIA.
Las sátiras de Horacio en verso castellano..... FRANCISCO VERGARA BARROS.
Elogio de la República. LUIS MARIA MORA.
Armonía de ensueños. ALBERTO MOGOLLON FORERO.
Colombia.—Su poeta nacional Rafael Pombo..... MERCEDES G. DE BALLESTEROS.
Actos oficiales.
Grado de filosofía y letras.
Notas bibliográficas.

Volumen XV República de Colombia Número 142

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Marzo 1.º de 1920

EL DOCTOR DE SALES

(FRAGMENTOS)

En el Santo de Sales vemos ante todo al ascético, al director de almas.

Es incontestable que entre todos los maestros de espíritu, ninguno como él puede proponerse mejor a la generalidad de los fieles. Como tal aparece en sus cartas y demás instrucciones, y el rito de su festividad llama especialmente a esto la atención, cuando en favor nuestro interpone ante la presencia divina los méritos del bienaventurado mediante la observancia de sus consejos: *ejus dirigentibus monitis*.

Como controversista fue el campeón insigne de la verdad católica, que logró victorias señaladas sobre los herejes; mas también conoció como nadie la oportunidad y forma en que deben entablarse las polémicas religiosas.

Comprendía que la Iglesia de aquí abajo es militante; pero que su milicia no es de insulto, de tono acerbo que exaspera al adversario. Conocía que el rostro de la Iglesia es rostro de matrona, de reina, de vir-

Rosario



gen: agosto como el de las vestales y diosas antiguas; y mal podrían exigírsele las gesticulaciones del odio, el jadeo y los gritos de los púgiles del Circo, en donde triunfó con majestad apolínea la constancia de los mártires.

Militante fue, pues, el Obispo ginebrino, convirtiéndolo hugonotes con blandura de maneras y cortesía de palabras. Porque proverbial es su masedumbre, fruto de la caridad encendida con que soportó calladamente las calumnias, menos cuando el silencio pudiera interpretarse por aprobación del escándalo. Cuando cierto apasionado religioso tachó de relajada su preciosa *Introducción a la vida devota*, y llegó a quemarla en público, el prelado magnánimo se limitó a decir: «Ojalá el corazón de ese religioso se abrasara tanto en el amor divino, como el libro lo ha sido por las llamas.»

Aquella mansedumbre fue la que guió su pluma al dictar normas de vida y al defender el dogma. A ella debe el atractivo que le distingue; que así cautivó en rededor suyo las muchedumbres parisienses, como las de Lyon, Aviñón y Grenoble, como las que acuden anualmente a su sepulcro de Annecy. Por ella mereció los agasajos de Enrique IV el caballeroso, y hasta el interés del apático Luis XIII. Por esa cualidad perteneció al selecto grupo de santos a quienes el Señor formó *in fide et lenitate*: bien así un Juan Evangelista en el siglo I, un Basilio entre los Padres, y el Pobre de Asís en los tiempos medios.

Y a este Apóstol preclaro que en expresión de un apologista «tuvo vuelo de águila y sencillez de paloma,» que con tan dulce influjo reformó la ciudad donde paseó Calvino su figura melancólica e implantó su despotismo sectario, ha sido ya declarado por la Esposa de Cristo, doctor suyo; es decir, escritor que en grado excelso juntó a la santidad la buena doctrina.

El que ilustró de joven las Universidades de París y de Padua, el expositor a quien la Sorbona llamó «el más sabio teólogo de su época,» a quien los Sumos Pontífices elogiaron y consultaron, hállese ahora asociado a los más eximios confesores de la fe.

Lumbreras del mundo intelectual y moral, falange de maestros cuales no tuvieron jamás las escuelas helénicas ni las cátedras romanas, son ellos los clásicos del Catolicismo que les coloca en trono de honor, y a la aureola con que fulguran en la Gloria, agrega la corona de esplendores con que iluminan a la Cristianidad sobre la tierra.

En medio de todos ocupa muy alto puesto el de Sales como Doctor de la edad contemporánea. Baste indicar que en sus obras se apoyó una de las más importantes decisiones del Concilio Vaticano.

Quedaría la ojeada incompleta si prescindieramos de su estilo, del que se ha dicho que tiene la frescura de los valles saboyanos, el perfume de sus praderas, la belleza de sus flores, la sublimidad del Jura y los reflejos azules de sus lagos.

La *Filotea* brilla por esto entre las obras magistrales de la literatura universal, y con tal carácter inaugura la moderna colección Nelson, al lado de Balzac y D'Avenel.

Sin los tanteos de Amyot o del autor de los *Ensayos*, sin la pompa de Bossuet y sin la sobriedad de Pascal, el fundador de la Academia Florimontana (precursora de la Francesa), es tenido por Henry Bordeaux y por Doumic como uno de los artífices de su lengua. Con la diafanidad de una corriente alpina su frase se desliza sosegada, semejante al orear de los saucedales que fueron emblema de su casa y apellido. Cotejarle con los místicos castellanos, sería parangonar con los

panales bullidores de Alcarria, los jugosos racimos que orlan por octubre las riberas del Ródano.

Supo vestir los dogmas austeros con las más delicadas gracias literarias, comparable al Dios de bondad que sobre los riscos borda recamos de césped, y cuelga festones en sus flancos escarpados. Tan imitador de Jesucristo en hechos como en lenguaje, utiliza para ejemplos y comparaciones cuanto de más hermoso puede la naturaleza ostentar. Los paisajes invernales, los brotes de primavera, las espigas del estío y las vendimias de otoño; los espectáculos todos de la comarca familiar le suministran imágenes y temas inagotables, no sólo con sus rebaños y la florecencia y los frutos de sus vergeles, sino también con el instinto de sus aves canoras y rapiegas.

A tal galanura del decir atribúyese en gran parte el aliciente de esa alma noble, de ese hombre señorial como el castillo de Thorens que fue su cuna, amable como la campiña que le vio crecer, sereno como las montañas que le circundan, apacible como el anchuroso Lemán celebrado por el estro de Byron, a la hora en que el oleaje cabrillea bajo los arreboles, y la cigarra saluda la vuelta de las sombras.

JUAN CRISOSTOMO GARCIA
Presbítero.

